

Qué desastre

Autor: Manolo Campa

Quise honrar a mi esposa en el Día de las Madres de una manera especial y personal, con un desayuno preparado por mí y servido, también por mí, en la cama. Ese día ella no sería la primera en levantarse para servirnos a todos. Le serviría yo a ella como merece ser servida una reina.

¡Qué orgulloso me sentí planificando aquel desayuno “de clase”! Un revoltillo de huevos, dos tostadas no muy tostadas, una taza de café americano endulzado con miel en lugar de azúcar para seguir su dieta, una flor roja tomada, sin permiso, del rosal de la americana gorda de la casa de enfrente, la pastillita de vitamina C prendida con “scotch tape” a la postal del Día de las madres para que no se extraviara, un vasito con jugo de naranja para ayudar a la vitamina C en la lucha contra los catarros o la arteriosclerosis, lo que ocurra primero.

¡Llegó el domingo! Y llegó la hora de levantarme... y pasó la hora... me quedé dormido como en cualquier día laboral en que sigo durmiendo en señal de rebeldía ante el trauma que me causa el trabajo.

Me desperté cuando los muchachos entraron al cuarto para felicitar a su mamá y darle sus regalos. Le pedí –casi tuve que ordenárselo- que se quedara en la cama para traerle una sorpresa que le iba a preparar. Noté que se quedó intranquila... incrédula o desconfiada.

De prisa, porque estaba atrasado, empecé los preparativos para el desayuno. Me puse el delantal que no sirvió para nada pues las salpicaduras dieron en todas partes menos en él... Se fueron posando caprichosamente, en el suelo, en las paredes, en las puertas de los estantes, en la tostadora, en mi pelo, en mi barba, en la puerta del refrigerador, en la pizarrita con las notas que ella escribe y nadie lee.

Pasé apuros... es natural. Era la primera vez y no conocía cuales eran los procedimientos a seguir y dónde estaban las cosas. Los huevos para el revoltillo los encontré, sin dificultad, dentro del refrigerador. Pero no me fue fácil quitarles la cáscara para sacar lo que estaba dentro. Traté con suavidad sin resultados... traté con fuerza y la clara saltó hacia el piso y la yema se fue por el tragante del fregadero.

Cuando usé la batidora olvidé ponerle la tapa y las salpicaduras dieron un nuevo decorado vanguardista a las paredes y los muebles de la cocina. Mi pelo también recibió su tratamiento... cuando me vi en el espejo tenía "rayitos" artificiales como los que se hacen las damas "duritas" para camuflar las canas incipientes.

El revoltillo me quedó bien... bien cocinado... un poco quemado por aquí y por allá. Pero visto con optimismo, otro poco de buena voluntad y con deseos de matar el hambre acumulada durante la noche, se podía comer.

La tostadora tostó las rebanadas como si hubiesen estado cubiertas con "Coopertone", las dejó pálidas. Las volví a echar por las ranuritas y cambié el "dial" para darle mayor intensidad al calor. Quería que quedaran "sepias" que es la manera elegante de llamar a las mulatas. Esta vez se quemaron un poco más... un poco más de la cuenta, quedaron carbonizadas. Inventé un nuevo tipo de tostadas: ¡Tostadas al carbón!

Con calma llené un vasito con jugo de naranjas. Ni una gotica se vertió fuera. Lamentablemente cuando bajé el escaloncito que hay que bajar para ir de la cocina al comedor, el vasito patino sobre la postal, se trabó en la pastilla de vitamina C... y se derramó... sobre la rosa roja, la postal y la pastillita. Parte quedó en el plato con el revoltillo y otra parte se posó sobre la alfombra. El revoltillo cogió sabor a esos tragos que se aderezan con un pedazo de cáscara de naranja. Así surgió otra nueva receta de modo fortuito.

La alfombra dejaba escapar por aquella mancha húmeda un olor peculiar a las arboledas de frutales cítricos que abundan en las regiones del centro y norte del Estado de la Florida. Cuando mi hijo pequeño vio lo sucedido exclamó en dos idiomas: ¡Qué mess!

La dificultad para transportar aquella bandeja repleta de líquidos y alimentos contenidos en tazas y platos resbalosos, me hizo desistir de servirle a mi esposa su desayuno en la cama. Le pedí que se presentara en el comedor para recibir el honor de disfrutar de la sorpresa que le había preparado.

Para mi mujer fue sorprendente aquel espectáculo que se presentaba ante sus ojos. Paseó la vista sobre la bandejita con su desayuno sin detenerse en ella... buscó con la mirada la procedencia

del olor a naranja que salía del suelo, y cuando contempló el estado de la cocina donde yo había hecho alarde de mi arte culinario, exclamó conmovida: ¡Qué desastre!